



"Ayer, hoy y siempre
a Zaragoza la defiende
su gente"

LA RESISTENCIA.

La seguridad que se tenía en Zaragoza a fines de mayo de 1808 de que los franceses llegarían mas pronto que tarde con el fin de aniquilar la resistencia de los aragoneses, era asumida por toda la población. Aventurar cuando y por donde asomaría el ejército francés era lo que inquietaba a los nuevos responsables políticos y militares de la ciudad y del Reino. El día 27, de una reunión convocada por Palafox en su casa salió la necesidad de crear dos juntas, una de carácter militar y otra para el arreglo de los tercios. La militar, presidida por el Teniente General Antonio Cornel, no se reuniría de manera regular —según H. Lafoz— hasta el 20 de junio, pero en su seno se plantearon tempranamente las obvias discrepancias al tener en cuenta que Zaragoza no era una ciudad fortificada, lo que dificultaba, si no impedía, su defensa sin proceder previamente a la construcción de fortificaciones. Pero, por otro lado, hacer frente a los franceses en campo abierto era una temeridad, dado que el volumen de fuerzas francesas que se presumía con su equipo y tren de guerra era muy superior al que podía aprestarse por parte aragonesa.

A fines de mayo, según refiere el cronista Alcaide y elabora H. Lafoz, las fuerzas armadas, mas o menos regulares, con las que se podía contar eran la Compañía Suelta de Fusileros de Aragón y la compañía de reclutas. La primera contaba con 5 oficiales, 11 sargentos, 21 cabos y 168 soldados; la de las partidas de reclutas, desplegada por todo el Reino, sumaba 5 capitanes, 23 subalternos, 41 sargentos, 3 tambores,, 70 cabos, 383 soldados y 157 reclutas. Dada la situación de emergencia, se podrían reincorporar al servicio, por su condición de oficiales agregados —pese a la avanzada edad y mal estado de salud de algunos—, 6 coroneles, doce graduados de coronel, 7 tenientes coroneles, 33 capitanes —uno de ellos graduado de teniente coronel—, 43 tenientes —tres de ellos graduados de capitán— y 11 subtenientes. La jefatura de tales fuerzas la ostentaba el gobernador de la plaza y segundo en el mando —teniente de rey—, Vicente Bustamante; era sargento mayor el teniente coronel José María Crespo; ayudante mayor, Pío Ambrós; ayudante 2º, Francisco Lon; y ayudante en la fortaleza, Joaquín Montalvá.

No eran estas fuerzas suficientes con las que poder detener el avance de los imperiales. Era preciso convocar a todo el Reino mediante una proclama por la que Palafox se dirigía a todo el reino de Aragón el día 27 de mayo haciendo saber la condición de su mando por el voto general de los zaragozanos —palabras con las que inicia su arenga—, disponiendo el estado militar y ordenando la formación de compañías de 100 hombres mediante alistamiento en el hospital de Convalecientes desde el día 29 de mayo. Fuera de Zaragoza, los corregidores deberían hacer lo propio, comunicando con urgencia el número de efectivos con los que se podía contar. Cuantos hubieren servido en el ejército con anterioridad, deberían presentarse de inmediato ante su corregidor o el oficial de mayor graduación en la plaza de su residencia. Se establece que todos los alistados debarán percibir 4 reales de vellón diarios de prest desde el momento de su alistamiento Zaragoza dependía de Aragón.

Zaragoza en Aragón.

Con fecha 28 de mayo ofició Palafox a todos los corregimientos remitiéndoles el texto de su manifiesto del día anterior con órdenes de transmitir su contenido a todos los pueblos y poner en ejecución sus órdenes. Simultáneamente, envió a determinados lugares personas de su confianza con objeto de acelerar los trabajos inherentes al alistamiento. Bartolomé Lasierra recorrió Aguarón, Cosuenda, Cariñena y otros pueblos de su partido; Andrés Boggiero lo hizo a Daroca, La Almunia de doña Godina, Herrera, Cosuenda, Paniza y otros; Gerónimo de Torres y Antonio Madera al Bajo Aragón; Joaquín Urrutia a Tauste; al capitán Ignacio López Pascual al Pirineo con la misión de guarnecer el paso de Canfranc; y Vicente Bardaji para organizar las compañías del corregimiento de las Cinco Villas .

Obviamente, no iban a escasear los problemas. La falta de oficiales —por inexistencia, indisponibilidad o imposibilidad física— para hacerse cargo de los alistados, su encuadramiento e instrucción por mínima que fuese; falta de armamento y munición; e imposibilidad de no pocos municipios de hacer frente a los gastos inherentes al prest de los alistados, dada la precariedad crónica de sus haciendas locales. Palafox ordenó el traslado de los alistados a Zaragoza con objeto de paliar tales problemas, pero se produjeron otros derivados de una psicosis de inseguridad de aquellos pueblos que se sentían desprotegidos e indefensos ante la marcha de sus mozos a la capital del reino y ante la desbandada de brazos, necesarios e insustituibles para la ya inmediata recolección. Menudearon, pues, los incidentes en las Cinco Villas —Ejea, Biel y Sos, principalmente—, que motivaron el bando de Palafox del 18 de junio ordenando que los mozos volviesen a sus pueblos para

llevar a cabo la recolección de las cosechas, lo que produjo no poco desconcierto ante la diacronía con que llegaban las órdenes desde Zaragoza.

Sería una verdadera constante la reclamación de todas las autoridades locales ante la insuficiencia de armas, municiones y cartucheras, convirtiéndose en lugar común recurrir a las armas blancas y de fuego de propiedad privada. Aun así, no pudiéndose encomendar la defensa de Zaragoza únicamente a sus habitantes, numerosos voluntarios de todo Aragón llegaron a la ciudad del Ebro para contribuir a su defensa. De Huesca, de los más de 3.000 alistados, reunidos por Felipe Perena, 900 se desplazaron a Zaragoza, siendo destinados los demás a los puestos del Pirineo y Prepirineo. La ciudad de Jaca, a la que Palafox había enviado al capitán Ignacio López, organizó tercios de voluntarios para guarnecer los valles de Hecho y Ansó, Sallent de Gállego, Santa Elena y otros puntos principales de los pasos fronterizos, de cuya preparación se encargó Gerónimo Rocatlada. Incluso —como señala A. Serrano Montalvo— se protagonizó alguna salida al estilo de las efectuadas durante la guerra contra la Convención, a cargo de Fernando García Marín, jefe del cantón de Canfranc nombrado por Palafox, saqueando la zona de Urdós al otro lado de la raya fronteriza. En Barbastro, tras una encendida llamada de su obispo, el coronel Costa y Pano organizó los tercios para su defensa. En Benabarre, Ramón Garcés, comandante interino, fue encargado de completar el alistamiento. Los voluntarios de Daroca, organizados por Juan Pedrosa, los 2.000 hombres aprestados por el barón de Warsage y el corregidor Ignacio de la Justicia en Calatayud, y los cerca de 3.000 de la serranía de Albarracín y sus aldeas, son un exponente de la capacidad de enganche ante los trágicos acontecimientos que se avecinaban, como los 9.000 hombres levantados en el Bajo Aragón por Torres y Madera, de los que 6.000 acudieron a Zaragoza, los 2.500 llegados de Teruel a fines de agosto y numeras partidas de grupos más pequeños pero no menos entusiastas y decididos.

Los preparativos militares.

Con los contingentes humanos alistados en Zaragoza y los que iban llegando, la Junta para la formación de tercios organizó 8 compañías de paisanos a las que se iban dotando de nombres bien por los de sus jefes o los lugares de procedencia o destino. Así se llamaron la del Arrabal, la de Mariano Cerezo, la de Santiago Sas, la de Puertas de Zaragoza, la de Reinoso, la de Ahumada, la de Santa Engracia y la de Extranjeros. Además, cinco cuerpos de a 1.000 hombres cada uno, conocidos como Tercios de Voluntarios Aragoneses, formados por 8 compañías de 125 plazas cada una, con sargentos y cabos incluidos, sin contar su capitán, teniente y subteniente y las planas mayores formadas por un comandante, un sargento mayor y dos ayudantes.

No faltaron intentos de formar cuerpos especiales con penados, excarcelados previa promesa de indulto. A comienzos de junio el coronel José Obispo pedía a Palafox uniformes y pertrechos para una compañía que había formado con 50 hombres, desertores los más. También se formó una compañía de Parias, cuyos integrantes se batieron con valor en la jornada del 13 de julio sobre el cauce de la Huerva. Incluso se formó una compañía de contrabandistas, más atentos a los beneficios del indulto y al resultado lucrativo de los saqueos, que a las acciones armadas.

El total de los defensores con que contaba Zaragoza a primeros de junio, según afirma Alcaide Ibeica, era de 8.863 hombres y 90 caballos, de los cuales, sujetos a fuero militar y con alguna experiencia de lo que llevaban entre manos, no podían contarse más que los integrantes de la Compañía Suelta de Fusileros de Aragón —cuya función de carácter policíaco no preveía acciones de guerra—, los Dragones del Rey —con sólo 90 caballos— y algunos de los 250 artilleros y zapadores.

El armamento de tan heterogéneo componente humano no se diferenciaba gran cosa del carácter dispar de quienes empuñaban las armas. Los 5.000 fusiles repartidos entre los amotinados en la tarde del 24 de mayo —de los 25.000 que había en los depósitos de la Aljafería— hubieron de incrementarse con las armas aportadas por los particulares de acuerdo con las órdenes emanadas en el edicto de Palafox de 1 de junio. Todos los ciudadanos que estuviesen en posesión de armas, estaban obligados a presentar una relación con sus características ante el regidor Miguel Navarro. Seis días después se reiteraba la orden, ampliada a todo el reino e incrementada con el número de caballos disponibles, arneses, sillas de montar y demás arreos, amén de mulas, asnos y carros, debiendo comunicar también el estado de los depósitos de grano y las unidades textiles que los mercaderes de lienzo podían poner a disposición de las autoridades con destino a la uniformidad de los enganchados.

Las más elementales disposiciones defensivas exigían conocer la ruta que iba a seguir el ejército enemigo en su ofensiva contra Zaragoza. Abundan los informes con los que contaba Palafox, unos provinientes de la Corte y de sus alrededores transmitidos por personas allegadas, por desertores de unidades aniquiladas que se dirigían a Zaragoza, y por los alcaldes de poblaciones que solían

agigantar rumores acerca de la proximidad de tropas francesas sobre sus poblaciones para intimar a Palafox la ayuda militar pertinente en armamento y personal. De los informes con que pudo contar Palafox en los primeros días de junio se podía colegir que los franceses llegarían de todas partes menos del Norte sobre el que la más elemental estrategia, dada la natural y potencial proximidad del enemigo hacia más lógica su presencia.

Fue preciso desarrollar un despliegue militar con los efectivos de que se disponía, apenas instruidos, mal armados y desorganizados, para cubrir los pasos pirenaicos, las comunicaciones serranas con Cuenca —de donde se tenían noticias de las acciones ofensivas de los franceses—, la raya occidental frente a Navarra y la Castilla septentrional con apoyo en Borja y Tarazona y la incorporación de la línea del Segre y el Bajo Ebro, mediante la vinculación directa de Lérida y Tortosa a los dictados militares de Palafox.

El 4 de junio, dos compañías del primer tercio de voluntarios aragoneses se desplegaban hacia La Almunia con objeto de proteger el Camino Real hacia la meseta castellana y el acceso a la Corte. Otras cuatro compañías del mismo tercio saldrían en la tarde del día siguiente con idéntico objetivo hacia Daroca y Calatayud, a la par que se intimaba la movilización del mayor número posible de defensores en ambas localidades. Tal urgencia respondía a las noticias que habían llegado en el sentido de que el general Moncey había salido de Madrid en la tarde del día 4 con destino a Guadalajara, presumiéndose su verdadero objetivo alcanzar Zaragoza. Los días 6 y 7 de junio, cinco compañías del coronel Obispo se desplegaban hacia Tarazona, incrementadas el día 8 con dos más que recibieron orden de permanecer en Mallén.

La incertidumbre se tradujo en certeza cuando los temores de que los franceses atacasen Tudela desde Pamplona se convirtieron en evidencia al conocerse su presencia ofensiva en Arguedas y Salvatierra. La ayuda prometida por Palafox para la resistencia de los tudelanos se concretó en la aportación de 500 fusiles llegados desde Tarazona y en la noticia de que el marqués de Lazán venía de Zaragoza con 8.000 hombres y nutrida artillería. Pero lo cierto fue que los hombres que mandaba el hermano del general Palafox sumaban algo más de 1.000 hombres con 1.500 fusiles y 20.000 cartuchos. Su retirada hacia El Bocal del Canal, estimada por Casamayor como forma de conseguir 400 hombres más llevados desde Zaragoza y otros 300 de las compañías del coronel Obispo, cuenta con otras versiones nada favorables, puesto que habiendo pasado el Ebro entre 6.000 y 8.000 franceses el día 8 de junio, conminando a la rendición y entrega de la plaza, el mensaje no llegó a manos de Lazán, quien presenciando con el marqués de Huarte un alarde de los contingentes traídos en la plaza de toros, fueron sorprendidos por el ataque de los franceses, viéndose obligado a retirarse de Tudela mientras le cubría el coronel Obispo con sus hombres desde el cerro de Santa Bárbara. La desproporción entre ofensores y defensores obligó a ondear bandera blanca, retirándose los que pudieron camino de Zaragoza. La suerte estaba echada.

El avance de los ejércitos imperiales.

La ejecución de los planes napoleónicos sobre España fue encomendada a cinco cuerpos de ejército que a mediados de octubre de 1807, además de la Guardia Imperial, operaban ya sobre territorio peninsular: Primero y Segundo Cuerpos de Observación de la Girona, Cuerpo de Observación de los Pirineos Orientales, Cuerpo de Observación de los Pirineos Occidentales y Cuerpo de Observación de las Costas del Océano.

Estos cuerpos de ejército venían aureolados internacionalmente por las victorias colectivas de la Grande Armée y adornados por el autoconvencimiento de su valor proclamado por el propio Napoleón cuando a propósito de la campaña de Prusia se refirió a su ejército como «el mejor que jamás existió». No obstante, en el año de 1808 —como señala J.M. Martínez Ferrer citando a Balagny— la calidad del ejército francés había disminuido sensiblemente como consecuencia de la inclusión en sus filas de nutridos contingentes de reclutas, aun cuando los cuadros de mando y los soldados experimentados ejerciesen un grado de cohesión determinante para garantizar su efectividad. Aun así, el incremento tan considerable de sus efectivos devengaba una menor capacidad militar, si se compara con el tamaño más reducido del ejército francés con los éxitos alcanzados en las campañas anteriores a 1808. No deja de ser sintomático que los contingentes militares que se dirigían contra Zaragoza para castigar ejemplarmente su soberbia, estaban integrados en su mayor parte por jóvenes reclutas procedentes de las levadas masivas efectuadas para atender el incremento de las campañas napoleónicas en tan diversos y distantes escenarios. Sólo en Enero de 1808, Napoleón se había visto obligado a efectuar un llamamiento de 80.000 hombres, lo que representaba un total de 240.000 a lo largo del último año. Si las posibilidades reales de la población francesa no le permitían poner a

diposición militar en ese plazo de tiempo mas que 75.000 jóvenes, es fácil deducir que Napoleón había hipotecado a comienzos de 1808 todas sus reservas humanas para todo el año y que buena parte de sus efectivos estaban integrados por gentes sin experiencia bélica.

Correspondería al Cuerpo de Observación de los Pirineos Occidentales someter a la ciudad de Zaragoza, cuyo peligroso ejemplo extendido sobre el curso del Ebro y hacia el interior mesetario representaba una amenaza al eje central de las comunicaciones con Madrid. Mandado por el general Bessières, dicho cuerpo de ejército se dividió en dos columnas que avanzaron en paralelo hasta alcanzar el curso del río. La primera de dichas columnas estaba al mando del general Verdier quien con una fuerza de unos 3.000 hombres de su división, avanzó sobre Logroño, ciudad en la que entró el 6 de junio. El mismo día salía de Pamplona el general Lefèbvre-Desnouettes, jefe del estado mayor del cuerpo de ejército, a quien correspondió el ataque a Tudela. Como hemos visto, la caída de Tudela abría, obviamente, el camino de Zaragoza siguiendo la orilla derecha del Ebro, dejando la vía expedita para el general Verdier, tras dejar una prueba evidente de la escalofriante y sangrienta capacidad de acción de la caballería francesa y de la efectividad de los ingenieros militares mediante la reconstrucción del arco volado por los defensores de Tudela en el puente sobre el río, restableciendo sin dificultades el camino de Pamplona, lo que le permitió incrementar su ejército con nuevos contingentes llegados desde la capital navarra.

Los primeros enfrentamientos.

El marqués de Lazán, que se había retirado río abajo, desembarcaba en Alagón, donde con nuevos efectivos enviados por Palafox desde Zaragoza, procedería a la reagrupación de los contingentes dispersos huidos de Tudela, tras lo que envió una columna hacia Borja para municionarse y ocupar Tarazona, lo que podría permitirle, dado el caso, atacar de flanco o la retaguardia del ejército francés. Pero el general Lefèbvre, consciente de sus intenciones, ordenó a sus fuerzas la conquista de la ciudad episcopal. Por medio de un campesino, el general Lefèbvre hizo llegar al marqués de Lazán una carta fechada en Tudela y dirigida a su hermano conminándole a rendirse y entregar Zaragoza. El 11 de junio, el marqués de Lazán pudo avanzar de nuevo hasta establecer una línea a la altura de Mallén, en una posición fácil de flanquear por todas partes, que no le permitió resistir, como en el caso de Tudela, tras llegar los franceses al día siguiente por la tarde. Al amanecer del día 13, viéndose obligados a retirarse hacia las puertas de Mallén donde sufrieron un duro ataque combinado de artillería e infantería, además de la maniobra envolvente de la caballería para cortar la retirada, viendo a sus hombres victimados por la eficacia de los lanceros polacos de la Legión del Vistula, que ocasionó numerosas bajas en el contingente zaragozano.

La noticia del descalabro de Mallén, seguido del saqueo de Gallur, provocó una conmoción tremenda en Zaragoza. Hubo una nutrida petición de pasaportes para salir de la ciudad y no escasearon las huidas, incluso de miembros de la Junta Suprema de Gobierno, aprobada por las Cortes tan sólo cuatro días antes. Palafox ordenó que se tocara alarma general y se convocara a cuantos estuviesen francos de servicio en las Eras del Sepulcro para municionarse. Tras estudiar la posibilidad de cortar el Canal Imperial e inundar con sus aguas la vía terrestre por la que se aproximaban los franceses, se desestimó hacerlo y dispuso Palafox que, con objeto de establecer una última línea antes de que los franceses llegasen a la vista de Zaragoza, saliese hacia Alagón en la madrugada del día 14 una columna de unos 6.000 hombres, cuya vanguardia, integrada por unos 400, hizo prisionero a un pelotón de franceses que venía en descubierta, por quienes supieron que el ejército francés había reunido unos 14.000 hombres. Tras tomar contacto a las diez de la mañana, Palafox, que todavía no había llegado a Alagón con el grueso de la fuerza, ordenó la retirada ante la gran desproporción de fuerzas al batirse en campo abierto, procurando defenderse de las agresiones de la caballería que dificultaban el repliegue. Los franceses tomaron Alagón aquella misma noche.

Con tales precedentes, parece lógico suponer en el general Lefèbvre-Desnouettes el convencimiento de que Zaragoza iba a caer sin apenas resistencia, desmoralizados sus moradores por los éxitos alcanzados por sus armas en Tudela, Mallén y Alagón. Así, cuando el ejército francés alcanzó la vista de la ciudad de Zaragoza el día 15 de junio, miércoles, Lefèbvre prefirió no atacar inmediatamente con sus tropas fatigadas tras nueve horas de viaje y el calor del mediodía, estableciéndose al amparo de las colinas al sur de la ciudad y seguro de que la captura de Zaragoza era cuestión de horas, hasta el punto que parece ser que prometió a sus soldados la celebración de la fiesta del Corpus Christi al día siguiente en el interior de la ciudad. Como afirma Alcaide Ibieca, un denso silencio expectante dominaba a Zaragoza.

Entre tanto, Palafox, que no confiaba ninguna posibilidad de resistencia a una ciudad que no estaba fortificada ni preparada para ello, decidió mantener su libertad de acción organizando maniobras de distracción del ejército que se había plantado frente a Zaragoza y poder obtener refuerzos. A las 11 de la mañana del día 15, tras entregar el mando de la plaza al Teniente de Rey, Vicente Bustamante, salió Palafox por la Puerta del Angel con un contingente armado; y tras cruzar el Puente de Piedras, se dirigió por la orilla izquierda hasta Pina, donde nuevamente atravesó el río, instalando en Belchite su Cuartel General, con el Intendente y la Plana Mayor. El Capitán General había concebido la idea de unir las tropas que le habían acompañado en la aparente deserción de Zaragoza, con las del barón de Warsage, los restos del ejército de Francisco Palafox, que se refugiaba en Calatayud, y las milicias de los pueblos próximos a Belchite, efectivos con los que podría formar un cuerpo de 6 a 8.000 infantes, 100 caballos y 4 piezas de artillería, fuerza con la que podría auxiliar a Zaragoza desde el Sur.

La presencia del ejército francés ante Zaragoza y la intimación a la rendición provocaron gran inquietud entre los defensores. La salida de Palafox fue interpretada por muchos como un abandono de su responsabilidad, pese a que previamente había recorrido los puestos, aun encontrándose herido a resultas de la acción de Alagón, arengando a los defensores. Como señala J. Pacual de Quinto, la reunión del Concejo zaragozano a mediodía del 15 para debatir la actitud a tomar, fue interrumpida y disuelta violentamente por los paisanos, dispuestos a la defensa a ultranza de la plaza, ahogando las actitudes templadas proclives a la rendición.

A partir de aquellos momentos, tras la decisión de los zaragozanos de resistir a toda costa, sordos a todo razonamiento que hablase de dificultades, ausencia de fortificaciones y de capitulación, la situación bélica cambiará de manera radical. Aun cuando no se había previsto la resistencia, ni talado los olivares y arbolado que beneficiaban al atacante y perjudicaban al defensor; pese a que se habían improvisado fortines; que la capacidad bélica de los defensores estaba por demostrar, dada la bajísima proporción de profesionales de la milicia entre ellos; no era momento de hablar en términos razonables. El Norte y el Este de la ciudad estaban cerrados por los cursos del Ebro y la Huerva, habiéndose fortificado sus puentes. En cambio el Oeste y el Sur no ofrecían más defensa que un muro de ladrillo y tapial, además de los edificios que confinaban con él. En tal ámbito, el castillo de la Aljafería y los conventos de agustinos y trinitarios representaban las más sólidas edificaciones frente a los caminos de Tudela y Calatayud.

La decisión de resistir en la ciudad estaría destinada a equilibrar los recursos de los combatientes. Los defensores de Zaragoza encontrarían en la barricada una forma relativamente sencilla de defender el acceso al centro urbano, dada la configuración de las calles, a la vez que neutralizaba la caballería y la artillería, armas en las que los franceses tenían una superioridad indiscutible. A su vez, la defensa en un recinto murado no requiere la formación militar exigida para las maniobras en campo abierto, no era precisa la sucesión concatenada de líneas, la resistencia podía improvisarse en cualquier momento, hasta convertirse frecuentemente en individual, de lo que han quedado numerosos y heroicos ejemplos. La superior potencia de fuego de los franceses y su capacidad de maniobra, perdían su eficacia al tener que combatir en un espacio muy limitado, donde no podían contar con el impacto psicológico de la artillería y su potencia destructora y donde el factor sorpresa era un elemento que jugaba a favor de los defensores y en contra de los atacantes.

A mediodía del 15 de junio de 1808 comenzaba el conocido como «Primer Sitio de Zaragoza», término impropio en el arte de la poliorcética porque durante los tres meses que la ciudad estuvo sometida al acoso francés, no estuvo completamente cercada hasta el 11 de julio, lo que permitía su comunicación con el exterior. Y cuando las fuerzas ya refrescadas del general Lefèvre-Desnoutettes iniciaban a las dos de la tarde el asalto a Zaragoza, el resultado de la «Batalla de las Eras» del Campo del Sepulcro representaría una dolorosa sorpresa para el ejército invasor.

José Antonio Armillas